JORGE L. TERUKINA YAMAUCHI. *El imperio de la virtud. Grandeza mexicana (1604) de Bernardo de Balbuena y el discurso criollo novohispano*. Woodbridge: Tamesis, 2017. 416 pp. ISBN 978-1855663114.

En un libro muy documentado, extenso y con valiosa bibliografía, Jorge Terukina llena un importante vacío bibliográfico al abordar la complejidad de una obra pionera de las letras coloniales, como el conocido poema corográfico de Bernardo de Balbuena, la *Grandeza mexicana*, publicado a inicios del siglo XVII (1604) y que había sido leído, hasta la investigación de Terukina, únicamente como un primer hito de la reivindicación criolla en las letras novohispanas. Tal como señala el autor, desde la introducción, “*Grandeza mexicana* es una pieza clave en el desarrollo de una conciencia nacional mexicana” (21), desde la perspectiva de una lectura protonacionalista que se ha impuesto y que no ha dejado advertir la existencia de “elementos ambiguos que sugieren que el libro y su autor son menos ‘criollos’ de lo que hemos comprendido hasta el momento” (21). De allí que el ambicioso proyecto del libro se convierta “en un esfuerzo por interpretar *Grandeza mexicana* como un elogioso canto imperial antiindígena y anticriollo que atribuye exclusivamente a inmigrantes peninsulares como el propio Balbuena las virtudes morales e intelectuales necesarias para participar plenamente en el gobierno temporal y espiritual de la Nueva España, y para ‘civilizar’ a los bárbaros indígenas por medio de la institución de la encomienda” (23).

Frente a afirmaciones rotundas como las de Marcelino Menéndez y Pelayo junto a las de muchos otros, quien presuntamente elogia la capacidad descriptiva del retrato que realiza Balbuena de la capital novohispana al calificarlo como “el primer poeta genuinamente americano” (cit. en 41), Terukina demuestra más coincidencias entre los tópicos usados por el mismo Balbuena para describir a Madrid en *El Bernardo*, es decir, más que una descripción verdadera de la capital novohispana, se trata de una utilización eficaz de tópicos establecidos para describir casi cualquier lugar.

En la primera parte del libro, que encuentro más sólida y mejor documentada, se proponen y explican dos paradigmas del pensamiento griego clásico, como sustento para tales descripciones: el *enkômion poleōs* o “elogio de ciudades” y el modelo geopolítico y científico conocido como la “teoría de las cinco zonas”, atribuida a Parménides de Elea. Así el énfasis de estos dos paradigmas en el ejercicio de la virtud es clave, pues estos modelos le permitieron a Balbuena plantear que son los peninsulares, como él mismo, los que poseen “una mejor disposición de *andreia* [valentía], *sophrōsunē* [templanza], *dikaioṣunē* [justicia] y *dianoētika* [virtudes intelectuales] y, por tanto, [son más aptos] para dirigir la vida espiritual y temporal de la Nueva España” (41). Por otro lado, hay que considerar así mismo el equilibrio de la tradición hipocrática, fuente de conceptualización de la salud del ser humano (45). Además de las cuatro

cualidades básicas –calor y frío, sequedad y humedad– las cuales se combinan para generar los cuatro elementos: tierra (fría y seca), agua (fría y húmeda), aire (húmedo y caliente) y fuego (caliente y seco). Las cualidades básicas, en el caso de los seres humanos, se combinan entre sí para formar los cuatro humores correspondientes a los cuatro elementos: la bilis negra (fría y seca), la flema (fría y húmeda), la sangre (húmeda y caliente) y la bilis amarilla (caliente y seca). Las analogías médicas en la definición de la virtud moral se apoyan en la correlación directa entre la geografía y el clima, por un lado, y, por otro, entre la salud corporal y la disposición moral de un individuo. Por tanto, se entiende que, de acuerdo con Aristóteles, la definición de salud se funde en la combinación equilibrada de los humores corporales. Se trata de un juego de coordenadas filosófico-culturales formadas desde la Grecia clásica que cumple un papel crucial “no solo en las consideraciones cosmológicas y climáticas, sino también morales”, para servir de base de la composición del poema de Balbuena (46).

Tras una profunda pesquisa sobre estos paradigmas del pensamiento clásico y su accidentada difusión a través del Medioevo y el Renacimiento, Terukina documenta cuáles pudieron ser las principales fuentes para acceder a estos principios no solo culturales, sino políticos para interpretar la presencia e importancia del espacio americano (y novohispano en particular) dentro del esquema geopolítico del imperio hispánico, en lo que Rolena Adorno ha llamado “la polémica de la posesión”, tesis incluidas en un libro del mismo título (2007). Al tomar las tesis de Adorno y sopesar el famoso debate en Valladolid (1550) entre Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas, olvida Terukina, me parece, la impronta del principal ideólogo de la “Cuestión de Indias”, me refiero, por supuesto al importante teólogo salmantino Francisco de Vitoria, citado, de hecho, por ambos polemistas. En esa línea, habría sido provechoso destacar la impronta de la neoescolástica salmantina y su teoría política de acuerdo a lo desarrollado por el más importante pensador de esta corriente, Francisco Suárez, como plantea Richard Morse para demostrar el pensamiento “moderno” de la América hispana en contraste con los “prósperos” Estados Unidos en su estupendo libro *El espejo de Próspero* (1982).

La segunda parte está subdividida en cuatro subcapítulos. El primero dedicado a contrastar el discurso épico criollo con ciertos elementos épicos de la *Grandeza*, me interesó especialmente debido a mi interés personal en la épica colonial. Si bien es lógico que se limitara al corpus cortesiano, es decir, la conquista del imperio mexica que tiene a Hernán Cortés como protagonista –los textos de Francisco de Terrazas, Antonio de Saavedra Guzmán, Arias de Villalobos, Gaspar Pérez de Villagrà y los poemas de Gabriel Lobo Lasso de la Vega– me parece una carencia que no se aborden desde el nuevo contexto crítico de la poesía épica colonial estudiada por David Quint (*Epic and Empire*, 1993), James Nicolopoulos (*The Poetics of Empire in the Indies*, 2000) y Paul Firbas (edición de las *Armas Antárticas* de Miramontes Zuázola, 2006), entre otros.

Por otro lado, se demora mucho en justificar la utilización del terceto o *terza rima* en la *Grandeza* y no la octava real, usada por Ariosto en el *Orlando furioso* y consagrada por Ercilla en el ámbito hispánico a partir de *La Araucana*. Es interesante reparar que la anónima Clarinda, quien también usa tercetos en su “Discurso en loor de la poesía” (1608), texto que debería estudiarse en paralelo con el “Compendio apologético en alabanza de la poesía”, publicado junto con la *Grandeza* por Balbuena, debido a muchas coincidencias temáticas y tópicos. El elemento relevante es que el yo poético femenino del “Discurso” califica como heroica su defensa de la poesía, debido a que es una obra que excede las capacidades de una mujer. Se trata de destacar un discurso de exaltación criolla, femenina y antártica por situarse en el otro polo del mundo americano.

Si bien, Balbuena insiste en situar a la capital novohispana en el centro del mundo y en una zona templada ideal (“primavera perpetua”) no insiste en la valentía centrada en la maestría en el campo de batalla, sino de la *andreia* ejercida por intelectuales y clérigos peninsulares no en el plano militar sino en el gobierno ideal de la ciudad. Tampoco Balbuena alude al *genos* u origen la ciudad, porque eso lo obligaría a hablar del mundo indígena *mexica* anterior a la conquista, pues lo que Balbuena desea exaltar es la ciudad colonial.

En esta segunda parte, asoman ciertas falencias al insistirse en las coordenadas iniciales como las únicas claves para entender la concepción y diseño del importante poema de Balbuena e insistir constantemente en ellas. En tal sentido, se pierde de vista justamente la ambigüedad advertida por el autor del libro en la *Grandeza mexicana* al inicio de su estudio, primer atisbo de que se debe leer este texto medular de las letras coloniales en general y en particular, la novohispana, desde una serie de paradigmas como los propuestos por Terukina, pero no limitarse a ellos, para no caer en el riesgo advertido por el propio autor de limitarse a ver esta, por demás, magnífica extaltación de la capital novohispana y caer como se había hecho en leer el poema de Balbuena de manera reduccionista como una simple y directa defensa del surgimiento de la identidad criolla. En tal sentido, tras una propuesta histórico-filosófica tan valiosa, se abandona, me parece, una lectura del poema de Balbuena de manera más plural, incluida la perspectiva estética, no atendida en el análisis, para seguir insistiendo en el análisis del contenido como parece prevalecer en estos últimos tiempos. En suma, creo, no obstante algunos cuestionamientos planteados antes, que se trata de un estudio sesudo y bien fundamentado que abrirá una necesaria polémica al cuestionar la interpretación canónica de la *Grandeza mexicana*, texto medular de las letras coloniales y novohispanas, pero que obligará a todos los que tratamos el ámbito colonial a indagar dónde y cuándo se fundan los paradigmas de nuestros escritores de los siglos XVI y XVII.

Carmela Zanelli

Pontificia Universidad Católica del Perú